

PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCIÓN.
JALA, NAYARIT.

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
15 DE AGOSTO DE 2013.

HOMILÍA.

Hermanos:

El 15 de agosto de 1972, como diácono, estuve por primera vez en una celebración en honor de la Asunción Gloriosa de Nuestra Señora en esta basílica. Muy temprano, alrededor de las tres, se oía, rompiendo el "silencio amoroso" de la noche, el sonido agudo del "jilguero madrugador", la chirimía y su festivo silbido, acompañados por el ritmo grave del tambor. Al poco tiempo, las filas compactas de los fieles, con cirios y flores en las manos entraban al templo mariano ya lleno de peregrinos venidos de la costa nayarita y de pueblos vecinos a este imán de devoción y cantaban con fervor: "¡Qué linda está la mañana y el aroma de las flores, despidiendo sus olores, antes de romper el alba!"

Eran tiempos anteriores a la llamada "feria del elote", que con su desordenado "rompimiento", su derroche alcohólico, el reinado de "Su Majestad la cerveza" y el ruido ensordecedor de sus noches y madrugadas, ha opacado y ensombrecido estas luminosas mañanas. No se oye ya el ancestral sonido de la chirimía y su melodía invitante a la alabanza divina.

Este año 2013 hemos experimentado el nivel más bajo de respeto a la dignidad humana y el quebranto de toda autoridad por parte de la prepotencia e impunidad de quienes se creen dueños de espacios, tiempos y vidas así como la inacción de los que en el estado de Nayarit por elección de la ciudadanía y dentro del régimen de derecho deben cuidar el orden público, la salud, la limpieza y el respeto a la juventud, en pocas palabras, nuestro futuro como pueblo. A los escándalos que año con año han ido aumentando se agregó éste una "terrazza" (así la llaman quienes la instalaron) con luces giratorias y música estridente,

instalada sin servicios sanitarios, seguridad, verificación de la calidad de las bebidas e identificación sobre la edad. Dudo que se hayan cumplido los requisitos que exigen las leyes y reglamentos, ¿cómo y por qué? Este año, además, se anunció un “palenque de gallos” en el que no habrán faltado las apuestas. Todo lo anterior, ¿a beneficio de quiénes, o de qué? ¿De los pobres?, ¿de la “cruzada contra el hambre”?, ¿de la construcción del anunciado hospital que hace falta en el municipio?, ¿de que haya medicinas en la “farmacia de la gente”, ¿de la restauración de la basílica o de la “iglesia viejita”?

He constatado el miedo colectivo que paraliza la palabra y la acción frente a los abusos. Somos ciudadanos y no súbditos. Merecemos una patria libre para vivir en ella con dignidad y la libertad para dar culto a Dios conforme a nuestra conciencia. Nos sentimos frágiles ante el poder de la violencia, de las sombras y del enemigo de la naturaleza humana, el demonio, que asume en nuestro tiempo la personalidad de la prepotencia y el abuso a los pobres y a los débiles y se ha convertido en difusor del miedo. No es situación propia de quienes hemos sido creados para vivir la libertad de los hijos de Dios.

Este día, sin embargo, iluminados por la palabra divina y ante la imagen de María elevada al cielo, sabemos y declaramos con el testimonio de Jesucristo, su Hijo y nuestro hermano, que “la Verdad nos hará libres.”

El libro del Apocalipsis pone delante de la comunidad cristiana de los primeros tiempos y de la de los nuestros, la lucha entre el bien y el mal, dándole las figuras de un enorme “dragón color de fuego” y la de “una mujer envuelta por el sol, con la luna bajo sus pies y con una corona de doce estrellas sobre la cabeza.” El mal es llamativo, hace ruido, pretende suplir su vacío de generosidad y propuestas con la amenaza y la violencia; el bien es meditativo, profundo, hace de la debilidad fortaleza y le da impulso al amor que vence al odio y al intento homicida. El dragón “se detuvo delante de la mujer que iba a dar a luz

para devorar a su hijo”, pero “la mujer dio a luz un hijo varón...[que] fue llevado a Dios y hasta su trono.” Esa es la verdad que anuncia la luminosa figura de María, la Mujer nueva, fuerte y decidida, no como la antigua Eva, débil y ansiosa ante el árbol del conocimiento y ante el árbol del bien y del mal.

Ella, elevada al cielo en cuerpo y alma es anuncio y aliento para nosotros “desterrados hijos de Eva” que miramos a “esos sus ojos misericordiosos.” Es ahí, predicación viva del día que llegará como lo escuchamos de San Pablo en su carta a los corintios: “Será la consumación cuando, después de haber aniquilado todos los poderes del mal, Cristo entregue el Reino a su Padre...El último de los enemigos en ser aniquilado, será la muerte, porque todo lo ha sometido Dios bajo los pies de Cristo.”

María elevada al cielo es figura y realidad de la victoria sobre el mal y la muerte, de la vocación feliz a la que los miembros de la familia humana hemos sido llamados y que en semilla hemos recibido en nuestro bautismo, donde hemos muerto al pecado y nacido a la gracia. Ella es estímulo para realizar en nuestra peregrinación por las rutas de este mundo el verdadero amor que también San Pablo ha llenado de contenido y es programa de vida cristiana: “El amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia ni orgullo ni arrogancia. No es grosero ni egoísta, no se irrita ni es rencoroso; no se alegra de la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.”

¿Acaso ese programa es de pasividad, de aguante, de resignación, de espera inactiva? No. Pues quien hace a un lado el egoísmo, la irritación y el rencor tiene la mirada limpia sobre lo que pasa en el mundo y el corazón libre para decidirse a hacer a un lado los tropiezos que el mal pone en el camino. No alegrarse en la injusticia y encontrar la alegría en la verdad dan al cristiano su lugar único entre los demás miembros de la humanidad y le dan la garantía de la perseverancia

aun en medio de la persecución, la maledicencia, la amenaza y la calumnia.

La Virgen María no es modelo de apocamiento y timidez. Ella aceptó con audacia y fincada en la fe, no en los cálculos humanos, el acontecimiento más grande de todos los tiempos y el de mayor responsabilidad: ser la Madre de Aquél que vino “a sanar los corazones afligidos, a dar la vista a los ciegos y la palabra a los mudos.”

Ella corrió los riesgos de la vida “guardando en su corazón” lo que acontecía y haciéndolo impulso. Ella expulsó el miedo, el peor consejero que tiene la humanidad y se expuso al riesgo con total confianza en el plan de Dios.

Hoy la Virgen María nos mira con ternura y nos invita a no tener miedo, a ser capaces de enfrentar a las sombras con la luz, a la violencia con la paz que es fruto de la justicia, al deshonor con la honra y al pisoteo de la dignidad humana con la promoción de ella. La Virgen nos invita a alabar a Dios con las palabras de su cántico: “Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios mi salvador, porque puso sus ojos en la humildad de su esclava.” Nos invita también a poner nuestra esperanza no en las fuerzas del mundo sino en Aquél que “ha hecho sentir el poder de su brazo: dispersó a los de corazón altanero, destronó a los potentados y exaltó a los humildes.”

Ese poder que no es violencia sino amor y que es el tesoro de los pobres--“el poder de los sin poder”--es el que aquí nos ha llamado como devotos de la Virgen, como peregrinos en el tiempo, anhelantes de su amparo y de la intercesión con su Hijo por nuestros pesares y dolencias y agradecidos por las alegrías y los gozos que no faltan en este pueblo peregrino.

La chirimía no ha alegrado más nuestras madrugadas. Nos parece oír, sin embargo, acompañada del sonido agudo de ese instrumento, una bella melodía popular de alabanza que los antiguos devotos de la Virgen, Madre de Dios--la turquesa que sube al cielo como joya espléndida--cantaban al despuntar el alba cuando la tierra sembrada,

fértil y brillante por la lluvia como la esmeralda, era motivo de gozo y acción de gracias.

Con las generaciones que nos han antecedido, unidos en santa esperanza, recitamos sus palabras en esta tierra bendita:

“A la luz de los cielos
que ha bajado en este día,
démosle las gracias,
¡Oh bellísima María!

Por fin llegamos a tu santa ciudad,
reverentes todos con afán te saludamos,
Madre de la consolación,
¡Oh fuente límpida!

Alégrate con mi Creador
que viene tu nación de hinojos.
Se nos empieza a ofrecer tu luz y claridad,
ya la esmeralda se ve en la pradera brillar,
ya la turquesa subió,
en el cielo se ha de ver.
Qué lúcidos son los cantos.
¡Venid a adorar al Señor!¹

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Párroco.

¹ “Coloquio de los pastores.” Rescate en entrevista a Don Alejandro Ramos de Miguel González Lomelí y Genaro Pablo Macías: *El pitero de Jala. El jilguero madrugador*, Tepic 2013, p. 77. (Con algunas modificaciones). De este mismo libro son los conceptos: “el silencio amoroso” y, desde luego: “el jilguero madrugador.”